

Eles. Las o los

No sé a quien se le ocurrió decir que nunca se debería comenzar un texto con una negación. Pero lo cierto es que de las tres posibilidades que aparecen en el título de la exposición -versiones, ironías y divertimentos-, no soy capaz de saber con cuál de ellas quedarme.

De la primera, versiones, creo que me he apartado más de lo deseable como para poderla reivindicar. De la segunda, ironías, aunque próxima, no me parece que sea el objetivo que me animó. Quizá sea de la tercera, divertimentos, de la que más cerca me sienta, aunque con reservas. En cualquier caso, sabiendo que la cosa no estaba clara, he preferido justificar mejor la respuesta mediante otros argumentos.

Lo primero que me llama la atención es que a una petición simple respondo con una compleja, o mejor dicho, con dos. Cierto, la dualidad está intencionadamente en la solución al problema que se me planteó cuando tuve que pensar en cómo solucionar qué hacer en relación con la mesita de Rietveld. No por ella, que no tiene la culpa de nada, sino por el hecho en sí de hacer algo a su imagen o semejanza. Fue entonces cuando pensé lo endiablado y envenenado que era este encargo. Si respondía, no tendría más remedio que establecer con ella una relación muy determinada. Tendría que ser polar ya que difícilmente me iba a poder escapar de establecer una comparación entre dos cosas. Si yo decía negro, es porque ella me decía blanco. Si por el contrario, yo también quería decir blanco, no me permitía acercarme más que a un blanco teñido, o bien suave, o bien cargadito. Piénselo bien, es un problema serio del que no logrará salir fácilmente.

Cuando digo que la cosa no pasaba más que por hacer algo blanco, o algo negro, estaba suponiendo que podían establecerse todos los cambios del clarooscuro sin por ello variar el registro inicial. La respuesta pues, se enmarcaba en un bitono y no permitía salirse de este formato. Entiéndase que en la reflexión no va implícita una queja. Otros lo han hecho muy bien sin más. Entonces, por qué tanto lío. La verdad es que había algo que me intranquilizaba y preferí pararme un rato y pensar qué motivaba mi desconcierto.

Fue así como me di cuenta que si la respuesta era doble la cosa cambiaba. De esa manera parecía evitarse el hacer de ella un problema exclusivo de género. Quizá fue eso lo que me inquietó desde el principio. No tanto salirse del blanco y negro como la obligación de someterse a una respuesta de géneros. Eso era lo que se esfumaba cuando aparecía el binomio frente a la unidad. La dualidad cobraba nuevos estímulos y dejaba abierta la puerta a la serie. Podía responderse con duos o dúos, pero se abría el camino para que aparecieran después las ternas, tríos y tercetos, para proseguir con las cuaternas, cuadrigas, cuartetos o cuaternidades, y así hasta el infinito. Y me tranquilicé. Yo, para Rietveld, elegí un dueto.

Pedro Feduchi. Madrid 2004

